

Caminar se nos antoja una ocupación atroz. Existe en primer lugar el problema de ir cuesta abajo, ejercicio que exige costosas flexiones a la altura del menisco y groseras posturas de contrapeso con el culo, puesto que si nos irguiéramos altivamente, como compete a nuestra apostasía del orden simiesco, sobre un plano suficientemente inclinado, vendríamos a ingresar en el orden de las larvas luxadas y contrahechas, al cabo de rodar pendiente abajo la serie de metros que decidieran la orografía y la ausencia de matorral o cascote frenador. Otra posibilidad es caminar cuesta arriba, lo cual obliga a doblar, en perjuicio de toda apostura, tronco y cabeza hacia delante, mismamente como si fuéramos a besar el suelo de escabrosa trocha montesa o de infame rampa urbana, ejerciendo al propio tiempo un impulso coordinado entre el fémur, los isquiotibiales, el páncreas y otros géneros de bazofia orgánica que nos constituyen, en un alarde de soberbia locomotriz que solo puede acarrear la impetrada venganza del dios de las lombrices, el cual aprovechará para hacernos trastabillar y rodar de espaldas cuesta abajo, asimilándonos así a sus devotos meapilas vermiformes y probando de paso que la cuesta abajo es exactamente lo mismo que la cuesta arriba a la hora de caerse, pese a todos los astrofísicos con blog de divulgación científica. Por último cabe caminar sobre un plano plano, sin altibajos ni variaciones, sin ondulaciones ni desniveles ni zorros árticos ni espejos galácticos de parto, elementos sin los cuales no es posible la diversión, etimológicamente salirse de la vía, extraviarse, divertirse, no aburrirse, que es lo que sucede al cabo de caminar un

tiempo sin ninguna exigencia de flexión, torsión testicular o toisión de oro en la pechera, en una marcha infinitamente apática, rítmica, euclidiana, como camina una recua de presidiarios grillados con notorio menoscabo de su condición forajida, proclive al dislate y al estupro sin tasa.

Pero no permitamos que los elogios nos aturdan. Quedarse quieto no es una opción, podríamos coger un constipado. Lo mejor, en semejante tesitura, es emborracharse antes de tomar cualquier decisión al respecto de la tarea de caminar, y una vez ebrios, deambular amenamente sin rumbo alguno y sin capacidad de apreciar el desnivel del suelo que pisamos, todo lo cual comporta un disfrute invariable sea cual sea la cuesta, vado o zarzo de roble que atravesemos. Esta decisión, no obstante, puede convertir nuestro regreso a casa en un dédalo expresionista, y a la parienta cabreada en una universitaria energuménica que no atenderá a razones en tanto nos cuelgue un símbolo opresor de la ingle. Por tanto, en estas situaciones, lo aconsejable es tomar un avión a Inglaterra y alquilar una habitación en un *college* de Oxford, en donde pintan las puertas de colores distintos para que los andadores aprovechemos la prevalencia sensitiva que sobre un cerebro cocido ejerce la policromía en detrimento de la numeración callejera, muy difuminada a esas horas de la noche.

En tiempos de crisis, dijo uno de Loyola, no hacer mudanza. O bien: para qué cambiar lo que funciona. He aquí dos máximas difusoras del inmovilismo español, inmóvil y vago de suyo, tieso como un carámbano de Reikiavik, que luego de holgar urde silogismos para justificar su inveterada holganza y vestirla de prudencia, que es la rienda del auriga bímembre de Platón. Las cosas, si de nosotros

dependieran, se han de solucionar esperando, como vio Beckett. Sin embargo, además del catarro, la escoliosis se opone seriamente a la posición erguida. Tras estar de pie un determinado número de horas, minutos y segundos, es probable que el área de colusión entre omoplatos, riñones y vértebras de retaguardia comience a enrojecerse como en los anuncios farmacéuticos, lo cual solo puede significar bien el hormigueo alimonado del dolor nervioso, bien un derrame de plasma rojo tras la pantalla del televisor. En ninguno de los dos casos es aconsejable seguir de pie. E incluso algunos se atreven a exhortar: sentaos.

Y una vez sentados, habremos culminado el proceso de la locomoción, que ha de partir siempre de la inmovilidad y concluir en ella, porque si no parásemos nunca no podríamos distinguir el paso de la potencia al acto, puesto que el acto sería el propio movimiento y la potencia el estatismo, y esto por no entrar en la multitud de infinitesimales paradas musculares que anteceden a cada ejecución de una zancada.

El mejor estímulo para moverse, en todo caso, es sufrir una agresión. El camarero de un mugriento tugurio me dijo una vez: «Si alguien te llama caballo, rómpete la cara; si te llama caballo por segunda vez, llámale imbécil; pero si te llama caballo una tercera vez, ya va siendo hora de que vayas a comprarte una silla».